



Letras de Pironio IV Pironio's writings IV

Prof. Leonardo Javier Ponce

leojavierponce@gmail.com

Instituto Seminario Mayor San José – La Plata – Argentina

Resumen

El presente artículo continúa exponiendo una serie de escritos inéditos del Beato Eduardo Francisco Pironio, que él escribiera durante el año 1938, siendo seminarista y estudiando en el Seminario Mayor San José de la Arquidiócesis de La Plata. En ellos se pueden observar algunas temáticas que van a ser frecuentes luego en su predicación, como la amistad y la esperanza. Al ser transcritos, algunas palabras del original se perdieron debido a la pobre calidad del papel. El valor de estos textos radica en que permiten conocer un poco más a Pironio en su juventud. Este ensayo es una reflexión acerca de la historia de los obreros en las civilizaciones anteriores al cristianismo.

Palabras clave: Pironio, cardenal, seminarista, Sapientia, obrero.

Abstract

This article continues with a series of unpublished writings of Blessed Eduardo Francisco Pironio, which he wrote during 1938, when he was a seminarist and student at the “San José” Major Seminary of the Archdiocese of La Plata. In them we can see some of the themes that would later become frequent in his preaching, such as friendship and hope. When they were transcribed, some words of the original were lost due to the poor quality of the paper. The value of these texts lies in the fact that they allow us to know a little more about Pironio in his youth. This essay is a reflection on the history of workers in pre-Christian civilizations.

Key words: Pironio, cardinal, seminarist, Sapientia, worker.

Recibido: 10/05/24

Aceptado: 10/05/24

Publicado: 28/08/24



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



El Obrero Antes De La Iglesia

Introducción

Si dirigimos la mirada unos momentos, a nuestro alrededor, y observamos algo detenidamente nuestras sociedades familiares completas, vale decir con los padres y los hijos de una parte, y el obrero o sirviente de otra, echaremos enseguida de ver una verdad consoladora: el obrero conserva hoy día más o menos los derechos humanos que la naturaleza le confirió; el obrero es actualmente libre.

Dejando a un lado las explotaciones, opresiones y vejámenes impuestos (desgraciadamente frecuentes en nuestros tiempos) de que son objeto los obreros por parte de algunos patrones, podemos afirmar en general que la Iglesia ha introducido su acción bienhechora en la sociedad, y que el estado actual del artesano no sobrepuja en modo alguno la insoportable esclavitud del prístino obrero de la antigüedad pagana. Para darse cuenta de ello no es necesario sino regresar a los antiguos tiempos y devolver códigos y papiros de filósofos, oradores y poetas paganos. Es ello lo que vamos a intentar hacer en el presente trabajo.

Pero antes de seguir adelante, creemos conveniente decir algunas palabras acerca de la esclavitud misma.

Esclavitud

“Es la esclavitud -como la define el P. Víctor Cathrein- un servicio perpetuo con el único emolumento del vestido y la comida”. Quien recibiera por tanto algo más de lo referido, pasaría ya de la simple categoría de un esclavo; lo mismo cabe decir de aquel cuyo servicio no fuese perpetuo sino tan solo transitorio, por algún tiempo nomás.

La esclavitud puede entenderse en dos modos: el primero que tiene resabios a paganismo y es la servidumbre perfecta, y el segundo, permitido por la Iglesia, abarca la servidumbre imperfecta. Por la primera el hombre se equipara a cualquier otra “cosa” sin ningún derecho esencial humano: el hombre es una cosa, un bruto. Por la segunda, en cambio, se le respetan los derechos esencialmente debidos a todo hombre, como el derecho a la vida, a la religión, al matrimonio... etc, etc. Y establecidas estas definiciones generales de esclavitud, entremos a exponer resueltamente el estado tristísimo del obrero en la antigüedad pagana.

Despotismo De Unos Pocos

No es necesario llegar a las perdidas regiones de la India, de la China o del Egipto



para darnos cuenta de la deplorable postración en que se hallaba el obrero antiguo. La Roma y la Grecia que son los monumentos grandiosos erigidos por la procesión incontable de filósofos, oradores y poetas, son también la manifestación más potente del despotismo pagano. “Humanum faucis vivit genes”. Ponía en boca de Cesar, Lucano en su *Pharsalia* (l. V, v. 343). El género humano escrito para provecho de unos pocos. Y a la verdad, porque “aquella constitución social, fundada en un profundo desprecio al trabajo, estaba encaminada a facilitar la inicua explotación de todo un pueblo por una exigua minoría de hombres poderosos y ricos”. (P. E. Guitard, SJ, “La Iglesia y el obrero”, a quien seguimos en la exposición de este trabajo). Eran setecientos los hombres entre quienes se repartían las tierras de Esparta; seis los que poseían mitad de la provincia de África, y pocos los propietarios de los extremos latifundios de Roma. Y entre tanto el pueblo, todo el pueblo griego y romano iba pereciendo consumido por el hambre a la vista de aquellos pocos que malgastaban sus dineros en placeres y vicios, en juegos y bagatelas superfluas o los retenían en avaricias.

Desprecio Al Trabajo Y Al Obrero

Y... ¿el trabajo? Era mirado con desprecio, como indigno del hombre libre, del ciudadano griego y romano.

Si un artesano se dedicaba al trabajo manual se le excluía enseguida de los derechos políticos y se le negaban hasta los humanos.

Eran las ideas proclamadas solemnemente por los filósofos griegos, Aristóteles y Platón, y que se debían transmitir a los romanos. Decía Platón en el libro octavo de las Leyes: “Por lo que toca a los artesanos, lo primero que se ha de procurar es que ningún ciudadano se dedique a trabajos mecánicos...” Y aprendiendo de él enseñaba su discípulo Aristóteles: “En esta república perfecta, los ciudadanos se abstendrán cuidadosamente de ejercer toda profesión mecánica y toda especulación mercantil, trabajos envilecidos y contrarios a la virtud... En cuanto al artesano no tiene derechos políticos, como no los tiene ninguna de las clases extrañas a las nobles ocupaciones de la virtud, lo cual es una consecuencia evidente de nuestros principios... (Política, libro IV, cap. VIII). “Una constitución perfecta no admitirá nunca al artesano entre los ciudadanos... porque el aprendizaje de la virtud es incompatible con la vida de artesano y de obrero” (Política, libro III, cap. III). Las ideas enseñadas por los filósofos griegos y llevadas a la práctica por el despotismo de los poderosos pasaron a Roma donde fueron recibidas con unanimidad. Hablaba Cicerón de los obreros y decía: “Todos los obreros se emplean en una ocupación vil; pues nada puede tener de honroso un taller” (De officiis I, 42). Y esto no lo dijo una sola vez; era el elogio más frecuente que hiciera el célebre orador del artesano. En sus celebradas “Cuestiones tusculanae”, se dirige a la muchedumbre popular y esclava: “¿Hay cosa más necia que estimar en algo cuando están reunidos a aquellos mismos a quienes separados de (...) desprecias como rudos e ignorantes jornaleros?” Si los hombres más grandes, si los ingenios más robustos y cultos, si los filósofos más célebres y los oradores de más timbre trataban de este modo al trabajo y al humilde artesano que en él se ocupaba... ¿Cómo pedir al ciudadano de entonces, por cuyas venas



corría la sangre soberbia de los grandes, que se aplicara a los trabajos manuales, que encalleciera sus manos con el martillo en el yunque, que encorvara sus espaldas siguiendo paciente el rodar lento de las yuntas en los extensos campos vírgenes?

Obrero Y Esclavo

El ciudadano de entonces odiaba, pues, el trabajo. Pero... del aire no se vive; es necesario trabajar para vivir, de algún lado se ha de sacar para comer. Alguien, pues si el soberbio ciudadano no quería rebajarse, debería someterse a la deplorable condición del artesano; y se pusieron de inmediato los ojos en el esclavo.

Este ser sacado de la innumerable huerta de los vencidos debía someterse a los caprichos de los vencedores, y labrar las tierras para que produjeran frutos para sus despóticos amos. Y el esclavo quebrajaba las tierras, devastaba los montes, construía monumentos colosales de piedra, fabricaba el pan, el vestido, la habitación que debería servir para su amo y nada más que para él. El esclavo entonces era el único obrero de la antigüedad; e invirtiendo mejor los términos podemos decir: el obrero no era más que un esclavo sumiso al despotismo de su patrono.

Trato Del Obrero – Esclavo Griego

Sabido entonces quién era el obrero en la antigüedad pagana, pasemos ahora a ver cómo se lo trataba. Nada mejor para ello que examinar los antiguos códigos griegos y romanos. Terrible y deplorable de todo punto de vista era el trato que se daba en aquellos tiempos al obrero; el desprecio y la crueldad eran sus únicos amigos, la inmoralidad a que veíanse expuestos su compañera, su libertad la muerte.

El inmortal autor de la Odisea nos dice en el capítulo XVII que “al horrible que cae en la esclavitud, le quita Júpiter la mitad de sus buenas cualidades”. Y Aristóteles equipara al esclavo con el bruto cuando afirma que es tan inferior al libre, como el cuerpo al alma, como el bruto al hombre (Política, 1. Cap. II).

El esclavo por tanto según la mentalidad griega no era más que un instrumento puesto al servicio de los libres; no podía tener otra aspiración que la de su amo, no podía relacionar sus asuntos hacia otro fin que al fin de aquel; tenía graves deberes, innumerables obligaciones para con el despotismo de sus patronos, pero sin ningún derecho ni político ni doméstico porque ni siquiera podría formar familia alguna.

De esto último se puede claramente deducir la inmoralidad a que se veían expuestos aquellos pobres hombres. Al negárseles el derecho al matrimonio justo, buscaban naturalmente satisfacer sus apetitos fuertes en modos ilícitos; inmoralidad que no procuraban impedir los patronos porque miraban a los esclavos como a simples brutos y por consiguiente justas las acciones que a éstos los asemejaban. Y no solo no las impedían, sino que hasta a veces las fomentaban.



Meros instrumentos puestos al servicio de los libres, los esclavos podían justamente ser tratados como tales, torturados y martirizados por simple capricho de sus patrones.

Cuenta Séneca que Parrasio hizo torturar fieramente a un viejo esclavo encadenado, con el único monstruoso fin de poder luego reflejar mejor en la pintura los rasgos de un Prometeo encadenado. ¿Exageraciones? Poco importa al respecto porque el hecho narrado no es sino un reflejo de las torturas soportadas por los esclavos en bien de tiránicos caprichos. Nos consta ciertamente por las pomposas piezas oratorias de Cicerón y otros muchos, que muy a menudo eran sometidos los esclavos a los más troces tormentos para que confesaran, por ejemplo, una culpa y no una culpa por ellos cometida, sino por los “libres amos” a los cuales por respecto a su libertad no se les podía atormentar. ¡Que los esclavos confesaban abiertamente el pecado de su patrono? Pues era condenado a muerte por éste. ¡Que no lo confesaba? Era muerto por el verdugo. Terrible situación, de la cual siempre salía perdiendo el esclavo. A veces no se le condenaba a muerte, pero no era ello por respecto a su persona, sino porque el amo no quería perder una “cosa”. ¿A qué propietario de nuestros días le gustaría perder, sin más ni más, una buena vaca lechera, un caballo fino de raza o un perro excelente para la caza? Por lesos los antiguos se contentaban a veces con el simple suplicio donde se le torturaba hasta saciarse pero sin quitarle la vida. “Toma mi esclavo y haz que lo torturen”-dice un personaje de Aristófanes en Las Ranas (V. 616).

Aristóteles nos cuenta en Las Repúblicas una diversión tan rara como salvaje, la criptia, ejercida por los espartanos. Los esclavos de Esparta eran los ilotas, pero se les temía mucho y había que disminuir su número porque constituían un peligro terrible. Para ello... ¿qué se hacía? -Se preparaban emboscadas en las encrucijadas de los caminos, y al anochecer se caía sobre cuantos ilotas acertasen a pasar por allí y se los degollaba cobardemente al igual que se degüellan en las grandes cacerías los tigres y los leones y los leopardos. Y para concluir con la atrocidad terrible de la esclavitud griega, traigamos a colación otro hecho no menos salvaje que nos narra Tucídides en su Historia de la Guerra del Peloponeso.

Los ilotas eran los guerreros más esforzados de Grecia; después de la guerra del Peloponeso los magistrados invitaron a separarse del resto de la tropa a los esclavos que creyeran haberse distinguido más en la guerra, y serían puestos en libertad. Alegres y esperanzados por la palabra de sus autoridades, dos mil de aquellos hombres se pusieron en filas aparte; se los hizo pasear triunfalmente, coronados de guirnaldas, alrededor de los templos, y luego... no aparecieron más. ¿Qué pasaba? -Se los había muerto. ¿Por qué? - Para diversión de los magistrados. ¿Cómo? -Nadie lo supo.

Trato Del Obrero-Esclavo Romano

Esto en cuanto a la esclavitud griega. De la romana nada queda por decir sino es acentuar grandemente lo dicho acerca de aquella.



En la sociedad romana como en la griega el esclavo no poseía derecho alguno humano, ni siquiera el de ponerse el nombre porque “esto es propio de los hombres libres” (De Institutione Oratoria VII, III, 27). En ella era tratado el hombre como un instrumento cualquiera o a lo más como un animal dotado de movimiento y vida; por eso Varrón divide los instrumentos agrícolas en tres clases: vocales, semivocales y mudos, a los cuales responden respectivamente: esclavos, bueyes y carretas y utensilios de labranza (De re rustica, I, 17). Y son innumerables las expresiones por las cuales se equipara al pobre esclavo a un simple bruto. Hablando Pomponio de la redhibición nos dice que entran en su marco “no solamente los esclavos, sino todo animal” (Dig, XXI, I, 48). “El esclavo o cualquier otro animal”, afirma Ulpiano, y agrega Sayo al hablar del usufructo el cual recae “no sólo sobre las casas y heredados, sino también sobre los esclavos, caballerías y todas las demás cosas”. Todos estos autores enseñaban lo que aprendían a fuerza de examinarlo en la práctica. Catón aconsejaba al propietario: “Venda los bueyes viejos, las vacas y ovejas estériles, la lana y pieles, el carro viejo, los instrumentos gastados, el esclavo viejo y el enfermizo, y las otras cosas inútiles que tenga” (De re rustica, II).

Y porque eran tratados como animales también se les pasaba como tales en la aduana; por su transporte se cobraba denario y medio: lo mismo que por un caballo.

Animales en sus derechos, no debían por consiguiente ser tratados como humanos. Debían trabajar todo el día, encadenados con gruesas cadenas a veces, sin alimentarse más que con un mazacote de polenta mal cocida, y sin poder descansar más que en habitaciones subterráneas, insalubres, amontonados en horribles confusiones.

Acerca del modo de trabajar del esclavo, oigamos la descripción de una panadería, hecha por Apuleyo: “¡Pobres hombrecillos! Molidas las espaldas y acardenalada toda la piel por los fieros latigazos; sombreados a trazos, más bien que cubiertos, de míseros harapos; un corto delantal ceñido a los lomos era la única vestidura que algunos llevaban. Veíase en su frente una letra marcada con un hierro candente; la cabeza medio afeitada; el rostro horriblemente pálido; los pies tenían sujetos con grilletes apenas podían ver nada, enrojecidos como estaban sus ojos por el humo y el vapor” (El asno de oro, IX, 3). - ¿Derechos del esclavo? - Si era un bruto como cualquiera... ¿De dónde sacaría sus derechos? Si a un perro se le maltrata, si a un caballo se le castiga, si a un burro inservible se le da muerte, ¿por qué no hacerlo con el esclavo?

Por eso nos cuentan las historias “que Vedio Polión los arrojaba a sus estanques para que alimentasen a los murenos que en ellos se criaban; que Augusto mandó crucificar a uno porque se le había comido una codorniz; que Cleopatra ensayaba con ellos la acción

de los venenos; que Domiciano mandó echar a uno en un horno encendido por haberle preparado el baño demasiado caliente” (P. E. Guitart SJ, La Iglesia y el obrero).

Número De Obreros – Esclavos

Y al narrar estos hechos monstruosos del despotismo romano, pasamos por alto



las sangrientas batallas del circo, donde la sangre caliente de los gladiadores mojando la arena, causaba diversiones a los emperadores y era infaltable número del programa de fiestas para el pueblo; pasamos por alto también las inmoralidades sin cuento que, con alguna necesidad, se seguían del trato que recibían aquellos pobres hombres sin religión y sin miras elevadas. Pasamos por alto todo ello para posar nuestra vista, un momento siquiera, sobre la enorme muchedumbre de esclavos antiguos, y calcular a grandes trazos su número.

En la población de Artica existían, según Ateneo que narra el censo hecho por Demetrio Falereo, unos 21000 ciudadanos y 10000 extranjeros que sumaban (?) con las mujeres y los niños más (?) de 100000 libres en contraposición a 400000 esclavos. ¿Exageraciones? Tal vez un poco según Wallon, pero de todos modos siempre es cierto que sobrepusieron en número los esclavos a los libres.

Esto en Grecia. En Roma lo mismo. Nos refiere Plinio que Cecilio Claudio, no obstante, las grandes pérdidas sufridas durante la guerra civil, dejó en herencia el monstruoso número de 4116 esclavos. La pobreza de Exauro se pone de manifiesto porque tan sólo pudo dejar en su testamento diez esclavos. El número enorme de los esclavos aparece de manifiesto también por el hecho aquel de que queriéndose distinguirlos con vestiduras propias, rechazó el Senado la proposición por temor a los peligros que pudieran suscitarse no bien advirtieran los esclavos su mayoría y la minoría de los libres.

Conclusión

Tal era el estado terrible y horroroso del obrero humilde en la antigüedad pagana.

Las torturas, los sufrimientos sin cuento, los azotes, las privaciones de todo género, las muertes atroces e injustificadas, las inmoralidades innúmeras, procedente todo ello de la negación absoluta de los derechos humanos, reducían al obrero al estado más horrible que imaginarse pueda.

No se podía pedir otra cosa a aquellas generaciones paganas donde sólo la materia reinaba y donde la humanidad corrompida no había sentido aun la acción bienhechora de la Iglesia. Ella y sólo ella podía levantar al hombre del nivel del bruto y colocar al obrero en el pedestal mismo de Dios oculto por los hombres en el rincón humilde del taller más olvidado del pueblecito más rudo.

Sólo el obrero sublima de la Creación podría levantar al hombre y devolverle sus derechos. Sólo Él podía, Sólo Él lo ha hecho.